



# ▶ “Habla, Señor”. Valor actual del seminario menor

Reflexiones

▶ Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades

## ÍNDICE

### INTRODUCCIÓN

#### I. SITUACIÓN DE LOS SEMINARIOS MENORES

1. Los Seminarios Menores en la Historia de la Iglesia
2. Valoración del Seminario Menor en el Magisterio actual de la Iglesia
3. La experiencia positiva de los Seminarios Menores
4. Capacidad de adaptación de los Seminarios Menores
5. Dificultades actuales
6. Otras formas de acompañamiento vocacional

#### II. LAS SEMILLAS DE VOCACIÓN EN NIÑOS Y ADOLESCENTES

1. Los niños en la Historia de la Salvación
2. Los niños en la pastoral de la Iglesia
3. Las semillas de vocación
4. La pedagogía ante las semillas de vocación

#### III. EL SEMINARIO MENOR, LUGAR VOCACIONAL PRIVILEGIADO

1. Valores del Seminario Menor
  - a) El ambiente de una comunidad cristiana educativa
  - b) Los valores del internado
  - c) Los valores del Seminario como Centro de estudios
2. Las condiciones para un Seminario Menor con frutos vocacionales
  - a) El «microclima» del Seminario
  - b) La apuesta de la Diócesis por el Seminario Menor

#### IV. LA PASTORAL VOCACIONAL DE NIÑOS Y ADOLESCENTES

1. El desarrollo de la personalidad, substrato vocacional
2. El sacerdote, mediación fundamental
3. La familia, primer «Seminario»
4. La función de la catequesis y los catequistas
5. Los grupos apostólicos de niños y adolescentes
  - a) Los grupos vocacionales
  - b) Los monaguillos
  - c) Otros grupos apostólicos
6. El maestro y el profesor de Religión
7. El Seminario y la pastoral vocacional

### CONCLUSIÓN

## INTRODUCCIÓN

El Seminario Menor es una institución que ha dado muchos frutos en la Iglesia a lo largo de su historia. Creemos que hoy y en el futuro puede seguir cumpliendo la misma función. Estamos convencidos de que Dios sigue llamando también a niños y adolescentes, a quienes ha elegido «desde el seno materno» para colaborar en su proyecto de salvación, como se manifiesta en el profeta Jeremías (Jer 1,5) o en Juan Bautista (Lc 1,15). Pero normalmente Dios se sirve de mediaciones personales e institucionales que ayudan a escuchar, interpretar y seguir con libertad su voz. Tal es el caso de Elí en relación con Samuel: «Comprendió Elí que era el Señor quien llamaba al niño y dijo a Samuel: 'Vete y acuéstate y si te llaman dirás: Habla Señor, que tu siervo escucha'» (1 Sam 3,9). El Seminario es la institución eclesial específica que ejerce esa misión mediadora en orden a la vocación sacerdotal.

Deseamos con estas reflexiones reafirmar la importancia de cuidar la pastoral vocacional también en la infancia y la adolescencia y, a la vez, resaltar el valor del Seminario Menor en la actualidad. No pretendemos presentar aquí el contenido y la razón de ser de la vocación sacerdotal ni los diversos aspectos de la pastoral vocacional, temas que tratan otros documentos<sup>1</sup>. Tampoco abordamos directamente los objetivos educativos ni la pedagogía a desarrollar en el Seminario Menor, aspectos que estudia el «Plan de formación para los Seminarios Menores»<sup>2</sup>. Contando con esos presupuestos, queremos apoyar la institución del Seminario Menor, cuya existencia entre nosotros está pasando por especiales dificultades.

Ponemos estas preocupaciones y sugerencias a disposición de los hermanos Obispos, de quienes dependen directamente los Seminarios Menores. Deseamos compartirlas con los sacerdotes, que, por su cercanía de relación pastoral con niños y adolescentes y sus familias, tienen en sus manos la llave de los Seminarios Menores. Con los catequistas y los educadores cristianos, que tan cerca están del alma de los niños, ese santuario donde Dios habla. Con los padres, que son los primeros responsables de la educación cristiana de sus hijos. Y con los formadores de los Seminarios Menores, que día a día van acompañando «entre gozos y trabajos, esperanzas y nuevos proyectos» el crecimiento de la fe y el discernimiento vocacional de los aspirantes al sacerdocio.

## I. SITUACIÓN DE LOS SEMINARIOS MENORES

«En aquel tiempo era rara la palabra del Señor y no eran corrientes las visiones» (1 Sam 3,1).

El profeta Samuel surgió en un momento de sequía de profetas en Israel. Pero los planes de Dios se cumplieron a través de la generosidad de Elcaná y Ana, los padres de Samuel, que ofrecieron al niño para el servicio de Dios y lo dejaron en el santuario de Silo al cuidado y educación del sacerdote Elí. En aquel ambiente Samuel, guiado por su maestro, aprendió a discernir la voz de Dios e «iba creciendo y el Señor estaba con él y no dejó caer en tierra ninguna de sus palabras» (1 Sam 3,19), llegando a ser amado de Dios y profeta del Señor que ungió a los príncipes de su pueblo (cf. Eccc 46,13).

### 1. Los Seminarios Menores en la Historia de la Iglesia

Buscando también un ambiente adecuado, la Iglesia desde muy antiguo instituyó escuelas de niños y jóvenes que se preparasen para clérigos. Ya el Concilio de Nicea (325) daba normas para ello

<sup>1</sup> Como documentos más recientes, vid. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, nn. 34-42; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La formación para el ministerio presbiteral* (1996), esp. nn. 16-46; Documento final del Congreso Europeo sobre las Vocaciones: Nuevas vocaciones para una nueva Europa (1998), passim. A su vez, la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades está preparando un documento específico sobre «La pastoral de las vocaciones sacerdotales».

<sup>2</sup> CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan de formación para los Seminarios Menores* (Madrid 1991).

y la escuela de San Agustín en Hipona aportó una rica experiencia. En España adquirieron estas escuelas una gran solera y tradición, a partir de la época visigoda. Sobre todo el IV Concilio de Toledo (633) y San Isidoro prescribirán la organización y el sistema pedagógico de estas escuelas de preparación de clérigos. Esta experiencia, así como los Colegios universitarios para jóvenes fundados por San Juan de Avila, influirán decisivamente en el Decreto de Trento «sobre los Seminarios» (1563).

Posteriormente, en las Diócesis españolas, a medida que se establecieron los Seminarios Mayores, se fueron creando los Seminarios menores, como preparación para el Mayor, acogiendo y ordenando las Escuelas de Gramática y Latinidad que existían vinculadas a las catedrales. A modo de extensión del Seminario Menor, en el siglo pasado y comienzos del presente existieron también las «Preceptorías» de Latín y Humanidades en distintas poblaciones de las Diócesis a fin de facilitar a los niños y jóvenes la preparación para acceder al Seminario Mayor.

## 2. Valoración del Seminario Menor en el Magisterio actual de la Iglesia

En nuestro tiempo el Concilio Vaticano II, a la vez que indica las líneas de renovación por donde han de caminar los Seminarios Menores, afirma su validez: «Los Seminarios Menores están erigidos para cultivar los gérmenes de vocación; en ellos, mediante una formación religiosa apropiada, sobre todo con una dirección espiritual adecuada, los alumnos han de prepararse para seguir a Cristo Redentor con espíritu generoso y corazón puro»<sup>3</sup>.

Y según el Código de Derecho Canónico, son no sólo válidos, sino convenientes: «Consérvense donde existen y foméntense los Seminarios Menores y otras instituciones semejantes, en los que, con el fin de promover vocaciones, se dé una peculiar formación religiosa, junto con la enseñanza humanística y científica; e, incluso es conveniente que el Obispo diocesano, donde lo considere oportuno, provea a la erección de un Seminario Menor o de una institución semejante»<sup>4</sup>.

La exhortación apostólica postsinodal «Pastores dabo vobis» valora en gran manera el Seminario menor: «La Iglesia, mediante la institución de los Seminarios Menores, presta un especial cuidado, un discernimiento inicial y un acompañamiento a estas semillas de vocación sembradas en los corazones de los muchachos. En varias partes del mundo estos Seminarios continúan realizando una preciosa labor educativa dirigida a custodiar y desarrollar las semillas de vocación sacerdotal, para que los alumnos la puedan reconocer más fácilmente y se hagan más capaces de corresponder a ella. Su propuesta educativa tiende a favorecer oportuna y gradualmente aquella formación humana, cultural y espiritual que llevará al joven a iniciar el camino en el Seminario Mayor con una base adecuada y sólida»<sup>5</sup>.

En la última visita «ad limina», el Santo Padre ha dicho a los Obispos españoles: «En tiempos recientes la crisis vocacional provocó también que los Seminarios Menores desaparecieran o sufrieran transformaciones en algunas diócesis. Donde sea posible habría que replantearse la presencia de los mismos, tan recomendados por el Concilio Vaticano II (cf. *Optatam totius*, 3), pues ayudan al discernimiento vocacional de los adolescentes y jóvenes, proporcionándoles a la vez una formación integral y coherente, basada en la intimidad con Cristo. De este modo, los que sean llamados se disponen a responder con gozo y generosidad al don de la vocación»<sup>6</sup>.

<sup>3</sup> *Optatam totius*, 3.

<sup>4</sup> *C.I.C.*, 234.

<sup>5</sup> *Pastores dabo vobis*, 63.

<sup>6</sup> Discurso de Juan Pablo II a los obispos de las provincias eclesiásticas de Santiago, Burgos, Zaragoza y Pamplona en su visita «ad limina» (29-9-97).

### 3. La experiencia positiva de los Seminarios Menores

En España la experiencia de los Seminarios Menores es altamente positiva, aunque ha podido tener también defectos. Una mayoría muy amplia de los sacerdotes actuales provienen de ellos. Incluso en la actualidad casi la mitad del conjunto de los seminaristas mayores han pasado por el Seminario Menor. Y en muchas Diócesis [sobre todo las de configuración rural] el Seminario Menor sigue siendo la fuente principal de candidatos al Seminario Mayor. También se ha comprobado en algún caso que la pérdida o disminución del Seminario Menor ha llevado consigo un notable descenso de seminaristas mayores y de ordenaciones.

Por otra parte tanto los Obispos como los Rectores de Seminarios y los responsables diocesanos de la pastoral valoran muy positivamente a los sacerdotes que se educaron en el Seminario Menor: en los cambios sociales, culturales y eclesiales de los últimos años han dado pruebas de consistencia vocacional, solidez formativa, equilibrio humano, capacidad para la integración en el presbiterio, dinamismo pastoral y cercanía a los hombres.

También es notable la contribución que los Seminarios Menores han hecho y siguen haciendo a una buena formación cristiana de muchos jóvenes, aunque no lleguen a ser sacerdotes. El clima de educación que propicia el Seminario Menor, lleva a integrar la fe con la vida y con la cultura, y la formación humana con la cristiana y la vocacional. De hecho de nuestros Seminarios Menores han salido excelentes padres cristianos, además de ciudadanos responsables y comprometidos con los problemas de la sociedad. Lo normal es que los antiguos alumnos de los Seminarios Menores guarden un grato y agradecido recuerdo de sus formadores, profesores y compañeros, así como de la educación recibida.

### 4. Capacidad de adaptación de los Seminarios Menores

Por lo demás, el Seminario Menor ha mostrado buena capacidad de adaptación y de respuesta a las necesidades de los tiempos. Particularmente a partir del Concilio Vaticano II, que indicó la necesidad de su renovación. Se cambiaron los planes de estudios propios de Seminarios para equipararlos a los estudios oficiales, con el reconocimiento civil a todos los efectos. Ese proceso se ha seguido hasta este momento con la implantación de la LOGSE. La adaptación de espacios e instalaciones, la renovación del profesorado e incorporación de laicos [tanto hombres como mujeres] al claustro, la adquisición de material pedagógico y nuevas tecnologías, así como otros logros similares, han significado una apuesta por ofrecer una enseñanza académica de calidad. A su vez la Conferencia Episcopal, en conversaciones con el Ministerio de Educación y Cultura, ha velado para que en la aplicación de la LOGSE se siga un plan de estudios adaptado a los fines del Seminario, en el marco del plan oficial. Asimismo cuida de que se concedan a los Centros las oportunas subvenciones económicas y a los estudiantes las becas que les corresponden dentro del principio de igualdad de oportunidades.

En estos años los Seminarios Menores han experimentado otras transformaciones, como la adecuación de las instalaciones a los tiempos nuevos, propiciando un ambiente más humano; una pedagogía más personalizada y cercana, favorecida por el menor número de alumnos; mayor relación de los muchachos con la familia y con su entorno de origen y sus amistades; mayor contacto con la realidad social y eclesial.

Estas circunstancias han llevado a las Diócesis a invertir mucho en sus Seminarios Menores, no solo en cuanto a medios económicos, sino, sobre todo, en energías e ilusiones de sacerdotes entregados día a día y abriendo caminos nuevos en el acompañamiento de los niños y adolescentes. Es un trabajo, muchas veces oculto y no siempre gratificante, que cada comunidad diocesana y toda la Iglesia hemos de reconocer con agradecimiento.

## 5. Dificultades actuales

Dos de cada tres Diócesis en España tienen ahora Seminario Menor con internado. La mitad de éstos imparten la enseñanza en su propio Centro. La otra mitad mantienen el internado, pero, dado el número reducido de alumnos, los envían a estudiar a otros Centros. En los últimos años los seminaristas menores han descendido notablemente en el conjunto de las Diócesis y generalmente el número en cada Seminario también es relativamente bajo.

Las razones de esta disminución son múltiples. La más profunda es el proceso de secularización que está viviendo la sociedad española. Ello repercute de manera inmediata en las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Nadie desconoce que en estos momentos Europa occidental está atravesando una seria crisis de vocaciones. Nuestra realidad no es ajena a esta situación.

En los Seminarios Menores inciden, entre otros, algunos factores sociológicos de manera particular: la fuerte caída de la natalidad; la dificultad mayor de la familia para desprenderse de un hijo y enviarlo al Seminario en edad temprana; las múltiples facilidades para tener acceso a buenos centros de estudios cercanos a la residencia familiar.

También influyen negativamente algunas opiniones surgidas desde ámbitos eclesiales que consideran que es precipitado hacer una propuesta u orientación vocacional a edades tan tempranas; o piensan que el internado no es un medio pedagógico adecuado; o que con pocos seminaristas la convivencia se empobrece; o juzgan que los frutos que se obtienen no compensan el esfuerzo que supone mantener un Seminario Menor.

A continuación ofrecemos algunos datos teológicos y pedagógicos que, creemos, justifican el cultivo de las semillas de la vocación a edades tempranas y la razón de ser de un Seminario Menor.

## 6. Otras formas de acompañamiento vocacional

Con el apoyo al Seminario Menor no queremos minusvalorar otras formas de acompañamiento vocacional institucionalizado para niños y adolescentes, que están surgiendo con resultados prometedores. De estas nuevas experiencias se dice en el vigente «Plan de formación para Seminarios Menores» de la Conferencia Episcopal Española: «En algunas Diócesis se llama Preseminario al centro o institución que atiende a aquellos niños, adolescentes y jóvenes que cursan sus correspondientes estudios académicos, viven ordinariamente con sus familias y siguen un proyecto formativo vocacional a través de actividades periódicas concretas sostenidas por un formador designado por el Obispo para esta tarea. Esta experiencia ofrece servicios concretos a aquellos miembros más jóvenes de la comunidad cristiana que presentan inquietudes vocacionales, ayudándoles con un acompañamiento tanto personal como de grupo para madurar y clarificar su posible vocación sacerdotal»<sup>7</sup>.

Y la exhortación apostólica «Pastores dabo vobis» se expresa así sobre el mismo tema: «Donde no se dé la posibilidad de tener el Seminario Menor [necesario y muy útil en muchas regiones] es preciso crear otras instituciones, como podrían ser los 'grupos vocacionales' para adolescentes y jóvenes. Aunque no sean permanentes, estos grupos podrán ofrecer en un ambiente comunitario una guía sistemática para el análisis y el crecimiento vocacional. Incluso viviendo en familia y frecuentando la comunidad cristiana que les ayude en su camino formativo, estos muchachos y estos jóvenes no deben ser dejados solos. Ellos tienen necesidad de un grupo particular o de una comunidad de referencia en la que apoyarse para seguir el itinerario vocacional concreto que el don del Espíritu Santo ha comenzado en ellos»<sup>8</sup>.

Valoramos y apoyamos estas iniciativas, cuyos frutos ya estamos experimentando. Por lo demás no las consideramos excluyentes o alternativas al Seminario Menor, sino que también pueden darse

<sup>7</sup> CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan de formación para los Seminarios Menores* (Madrid 1991) n. 20.

<sup>8</sup> *Pastores dabo vobis*, 64.

simultáneamente con él y apoyarlo y alimentarlo cuando éste existe. Pero ahora tratamos, ante todo, de justificar e impulsar la institución específica del Seminario Menor en cuanto tal, es decir un internado diocesano para adolescentes, con el fin de orientarlos y acompañarlos en la vocación hacia el clero secular diocesano. Percibimos que en las actuales circunstancias esta institución eclesial, de tan honda raigambre y con frutos tan valiosos, está minusvalorada y amenazada. Consideramos que su pérdida o deterioro traería efectos negativos para las vocaciones sacerdotales.

Si, como en tiempos de Samuel, también hoy es rara la palabra de Dios, o al menos la respuesta a su llamada, razón de más para mantener el ambiente del santuario con la lámpara encendida en medio de la noche, donde sea audible la voz del Señor. Y razón de más para que, como Elí, velemos y cuidemos el crecimiento de los niños y adolescentes, y les ayudemos a interpretar y responder a la llamada divina.

## II. LAS SEMILLAS DE VOCACIÓN EN NIÑOS Y ADOLESCENTES

*«Llamó el Señor: '¡Samuel, Samuel!' Él respondió: ¡Aquí estoy!, y corrió donde Elí diciendo: 'Aquí estoy, porque me has llamado'» (1 Sam 3,4).*

En relación con el Seminario Menor algunos se plantean preguntas como éstas: ¿Se puede dar la vocación o la «semilla de vocación», en una edad temprana como la infancia, la preadolescencia o la adolescencia? ¿No será prematuro psicológica y pedagógicamente hablar de vocación a un muchacho de esas edades o indicarle un camino determinado para su vida?

A continuación mostramos que, según la Historia de la Salvación, Dios ama a los niños y adolescentes y los elige para confiarles más tarde una misión; que éstos tienen una real capacidad de correspondencia, adecuada a su edad; que la práctica pastoral de la Iglesia les concede mucha importancia y pone de relieve su protagonismo; que lo que llamamos «semillas de vocación» se inserta en el desarrollo normal de la personalidad; y que la pedagogía cristiana, que se inspira en la pedagogía divina, ha de servir para poner en activo las capacidades de los muchachos desde su apertura a la voluntad de Dios.

### 1. Los niños en la Historia de la Salvación

En los planes de Dios los niños ocupan un lugar importante. A través de ellos Dios manifiesta la gratitud de su elección y la generosidad de su misericordia.

El Antiguo Testamento destaca con frecuencia cómo Dios se fija, ya desde niños y adolescentes, en hombres a los que, cuando sean adultos, les ha de confiar misiones importantes en su Pueblo: Moisés, el niño salvado de las aguas, para ser el caudillo liberador de Israel (cf. Éx 2,1-10); Sansón, regalo de Dios a una mujer estéril y consagrado al Señor (cf. Jue 13,1-25); Samuel, llamado por Dios en el Templo para ser sacerdote, profeta y juez de Israel (cf. 1 Sam 3,1-21); David, el más pequeño de los hijos de Jesé, ungido para ser el primer monarca en Israel, de cuya dinastía nacerá el Mesías (cf. 1 Sam 16,1-13); Josías, el niño rey, llamado a purificar las costumbres idolátricas de Judá y de Jerusalén, y renovar la Alianza (cf. 2 Cr 34).

En el Nuevo Testamento toda la humanidad puede contemplar la cercanía del amor de Dios en el rostro de un niño: Jesús, un rostro que manifiesta la promesa cumplida del «Enmanuel», el «Dios con nosotros»: «Porque Tú has nacido para nosotros, Niño pequeño, ¡Dios eterno!»<sup>9</sup>.

La vida del Niño-Dios en Nazaret es el mejor plan de vida para los niños cristianos. En Jesús pueden contemplar un camino de sencillez, alegría, vida familiar, obediencia a la voluntad de Dios, crecimiento y desarrollo: «El niño crecía y se fortalecía; estaba lleno de sabiduría, y gozaba del favor de Dios» (cf. Lc 2,40).

<sup>9</sup> Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 525.

Y, a pesar del bajo aprecio de la niñez en aquella sociedad, los niños ocupan un lugar importante en la vida pública de Jesús. A menudo son los beneficiarios de sus milagros: cura a un niño epiléptico (cf. Mc 9,17-29; Lc 9,30-43); al hijo de un funcionario real (cf. Jn 4,46-54); a la hija de una mujer pagana (cf. Mc 7,24-30), y resucita a la hija de Jairo (cf. Lc 8,40-56). Un muchacho le presta generosamente sus cinco panes y sus dos peces que Jesús habría de multiplicar para la multitud (cf. Jn 6,9). Los niños lo rodean con frecuencia (cf. Mc 10,13-16) y lo vitorean cuando llega al templo de Jerusalén (cf. Mt 21,15). «Los niños son el término del amor delicado y generoso de Nuestro Señor Jesucristo: a ellos reserva su bendición y, más aún, les asegura el Reino de los cielos (cf. Mt 19,13-15; Mc 10,14). En particular, Jesús exalta el papel activo que tienen los pequeños en el Reino de Dios: son el símbolo elocuente y la espléndida imagen de aquellas condiciones morales y espirituales, que son esenciales para entrar en el Reino de Dios y para vivir la lógica del total abandono en el Señor»<sup>10</sup>.

## 2. Los niños en la pastoral de la Iglesia

La Iglesia, desde los primeros tiempos, acoge y bautiza a los niños integrados en el seno de su familia (cf. Hch 10,44; 16,15.31-33; 18,8; I Cor 1,16). Se les enseña las Escrituras y viven conforme a ellas (cf. 2 Tim 3,15; Jn 2,14).

La historia de la Iglesia está jalonada por el testimonio de santidad de muchos de sus hijos más pequeños: Tarsicio, Justo y Pastor, Eulalia de Marida, Pelayo, Teresa del Niño Jesús, Domingo Savio, Dominguito del Val, María Goretti, Bernardita Subiroux, etc. Ellos forman una pléyade de amigos decididos de Jesús, hasta el punto de que algunos sellaron su fe con el martirio.

En la vida y pastoral de la Iglesia han surgido múltiples iniciativas para el cuidado y formación de los niños y adolescentes. La catequesis de esas edades es una tarea pastoral de primera importancia. En los últimos siglos Dios ha suscitado muchos institutos religiosos dedicados particularmente a la infancia en el campo educativo, sanitario y social.

La Iglesia, además, insiste en el protagonismo del niño para asumir con responsabilidad la fe y sus compromisos de vida cristiana y para convertirse en principal testigo y agente evangelizador de cara a los otros niños e incluso a los adultos: «También los niños tienen su propia actividad apostólica. Según su capacidad, son testigos vivientes de Cristo entre los compañeros»<sup>11</sup>.

El apostolado propio del niño tiene su fundamento inmediato en los sacramentos de la iniciación cristiana que llevan su vida a plenitud por obra de la gracia y le capacitan para ser testigo de Cristo. Los movimientos apostólicos relacionados con niños tratan de que vivan la fe, no sólo en privado, sino también en su ambiente, dando testimonio de Jesucristo y de la Iglesia y contribuyendo así a transformar el mundo con la fuerza y la luz del Evangelio.

## 3. Las semillas de vocación

Si el niño es capaz de dar la respuesta de la fe, lo es también de la vocación. Si la Iglesia concede a los niños el protagonismo apostólico que hemos comentado, es porque reconoce y valora en ellos la capacidad de ir asumiendo compromisos. Uno de esos posibles compromisos y opciones es la vocación de especial consagración, aunque sea todavía en estado germinal. Por eso Juan Pablo II escribía a los niños: «¡Alabad, niños, al Señor!» (Sal 113,1) (...) Puesto que el hombre debe alabar a Dios ante todo con su vida, no olvidéis lo que Jesús muchacho dijo a su Madre y a José en el Templo de Jerusalén: «¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» (Lc 2,49). El hombre alaba al Señor siguiendo la llamada de su propia vocación. Dios llama a cada hombre y su voz se deja sentir ya en el alma del niño: llama a vivir en el matrimonio o a ser sacerdote; llama a la vida

<sup>10</sup> *Christifideles Laici*, 47.

<sup>11</sup> *Apostolicam Actuositatem*, 12.

consagrada o tal vez al trabajo en las misiones... ¿Quién sabe? Rezad, queridos muchachos y muchachas, para descubrir cuál es vuestra vocación y para después seguirla generosamente»<sup>12</sup>.

Pero la vocación no surge por generación espontánea. Nace de Dios como un don y necesita de un «humus» vital para arraigar y desarrollarse. El ambiente cristiano de la familia y la educación de la fe recibida en la parroquia y en el colegio, constituyen el «humus» propicio necesario para que la vocación comience a germinar en algunos niños. Sembrada en su corazón por la mirada amorosa de Dios, surge en ellos como algo connatural en el proceso de personalización y sin forzar el desarrollo psicológico. En la medida que descubren la bondad de Dios y las necesidades de los hombres, pueden ir adecuando sus deseos y proyectos de vida para cumplir la voluntad de Dios y ser útiles a las personas, al estilo de Jesús y a ejemplo de muchos santos.

En otras palabras, algunos niños y preadolescentes cuando piensan qué van a ser el día de mañana, qué carrera van a estudiar o qué profesión van a ejercer, se pueden plantear con toda naturalidad ser sacerdotes u otra vocación de especial consagración, como otros compañeros suyos piensan en otros caminos. Aún no saben exactamente qué supone dicha vocación, pero su capacidad de entrega y de correspondencia al amor de Dios puede ser tan generosa como la de un adulto, aunque le falte todavía la madurez necesaria para que su opción sea plenamente responsable.

Pero sí es lo suficiente para que la orientación de sus deseos y de su voluntad le lleve a tomar la decisión de unos determinados estudios o de ir al Seminario. Este sustrato positivo de deseos, sentimientos y proyectos proveniente de Dios e impulsado por su gracia, nacido en el ambiente propicio del seno familiar o eclesial es lo que se llama «semilla» o «germen» de vocación. «En los niños la vocación se manifiesta a manera de un 'germen', asociada frecuentemente con una piedad singular, con un ardiente amor a Dios y al prójimo, con una inclinación del alma al apostolado»<sup>13</sup>.

El mismo Juan Pablo II ha puesto de relieve la importancia que tiene esta vocación germinal para que haya sacerdotes en la Iglesia: «Como demuestra una gran experiencia, la vocación sacerdotal tiene con frecuencia un primer momento de manifestación en los años de la preadolescencia o en los primerísimos años de la juventud. E incluso en quienes deciden su ingreso en el Seminario más adelante, no es raro constatar la presencia de la llamada de Dios en periodos muy anteriores. La historia de la Iglesia es un testimonio continuo de llamadas que el Señor hace en edad tierna todavía. Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, explica la predilección de Jesús hacia el apóstol Juan 'por su tierna edad' y saca de ahí la siguiente conclusión: 'esto nos da a entender cómo ama Dios de modo especial a aquellos que se entregan a su servicio desde la primera juventud' (*In Johannem Evangelistam Expositio*, c. 21, lect. V, 2)»<sup>14</sup>.

#### 4. Las semillas de vocación y la pedagogía

Desde el punto de vista pedagógico, favorecer estas semillas de vocación, que el niño o el preadolescente lleva como potencialidades insertas en su mismo proyecto de vida, es un servicio que se le hace. Para ello es preciso que, en los diversos momentos del desarrollo de la personalidad, se le eduque en aquellas actitudes sin las cuales no le será posible escuchar la voz de Dios o interpretarla ni, mucho menos, darle una respuesta positiva. La vocación es un juego de libertades, en el que Dios libremente elige y llama, y al que el hombre puede o no responder en el ejercicio de su libertad. Sabemos cuántos condicionamientos y dificultades tienen los muchachos de hoy para dar una respuesta positiva. Una sana pedagogía debe ayudar a una elección libre. Más adelante indicamos unas sugerencias para construir una personalidad con capacidad de respuesta vocacional.

Por lo demás, la pedagogía, a través de recientes investigaciones, pone de manifiesto la importancia determinante de la educación recibida en los primeros años de la vida. La educación cristiana es el toque de gracia en el proceso de personalización. Ella hace posible un desarrollo

<sup>12</sup> JUAN PABLO II: *Carta del Papa a los niños*, (13. dic. 1994).

<sup>13</sup> CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, Roma 1985. n. 7.

<sup>14</sup> *Pastores dabo vobis*, 63.



integral que lleva a la persona en crecimiento a adherirse a Jesucristo, el Hombre perfecto y modelo de madurez humana, a cuya medida el hombre está llamado a crecer en plenitud (cf. Ef 4,13-16).

Ahora bien, una educación cristiana sería incompleta si no anunciara el «Evangelio de la vocación», la existencia de un proyecto de Dios para cada «hombre que viene a este mundo». El amor personalizado del Padre se manifiesta en las cualidades y dones que el Espíritu regala a cada cual y que lo hacen apto para una determinada misión en la historia de la salvación. La pedagogía cristiana ejercerá su función cuando ayude al niño y al adolescente a descubrir la originalidad de su llamada por parte de Dios y lo disponga para responder dócilmente a la voz de Dios. El educador y la comunidad cristiana tienen la tarea de informar sobre la pluralidad de caminos vocacionales y de formar para que cada uno siga el camino personal que el Espíritu le señala, atento siempre a las necesidades y a la misión de la Iglesia.

Un verdadero pedagogo cristiano es un «mistagogo»: el que ayuda a entrar en el «misterio» de la propia persona y a descubrir ahí presente el «misterio» de Dios que lo invita a su amistad. Como en el caso de Samuel, todo niño debería encontrar un guía parecido a Elí, que le ayude a descifrar la voz de Dios y a responderle en actitud de apertura: «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (cf. 1 Sam 3,10).

El planteamiento vocacional y la educación de la sensibilidad para seguir la voluntad de Dios, ya desde la infancia, no es ningún atentado contra las reglas de la pedagogía, ni significa quemar etapas o acelerar procesos de maduración. Por el contrario, es cumplir las reglas de la pedagogía, porque supone hacer un servicio fundamental para que el niño o el adolescente desarrolle las capacidades que Dios ha puesto en él y así descubra y siga libremente el camino de la felicidad: su propia vocación.

«Si todo ser humano es criatura de Dios, también es portador de un don, de una vocación particular que espera ser reconocida»<sup>15</sup>. Un buen pedagogo será quien preste el servicio delicado de ayuda para ese reconocimiento, inspirándose en la pedagogía original de la fe, que tiene a Cristo como Maestro<sup>16</sup>.

### III. EL SEMINARIO MENOR, LUGAR VOCACIONAL PRIVILEGIADO

«Samuel crecía, el Señor estaba con él y no dejó caer en tierra ninguna de sus palabras» (1 Sam 3,19).

En las páginas anteriores hemos intentado mostrar que es coherente con la psicología y la pedagogía ayudar a los niños y adolescentes a que descubran y se dispongan a seguir el camino por donde Dios los llama en la vida. Por otra parte, ello concuerda con el modo de actuar de Dios y con la experiencia de la Iglesia. Dando un paso adelante, veamos ahora cómo el Seminario es un instrumento adecuado y eficaz para ese fin, por los valores que tiene y las posibilidades que ofrece en sus características peculiares.

#### 1. Valores del Seminario Menor

Tres son las características fundamentales que definen un Seminario Menor<sup>17</sup>: 1ª) se trata de una comunidad educativa cristiana erigida por el Obispo para cultivar las semillas de la vocación sacerdotal; 2ª) es un internado; 3ª) puede ser también Centro de estudios con el currículo propio de los Seminarios Menores reconocido por el Ministerio de Educación y Cultura. Cuando se da esta tercera característica, que es el caso ideal, los valores que aquí se destacan cobran especial relieve.

<sup>15</sup> OBRA PONTIFICIA PARA LAS VOCACIONES ECLESIASTICAS. *Nuevas vocaciones para una nueva Europa* (Documento final del Congreso Europeo sobre las Vocaciones al Sacerdocio y a la Vida Consagrada en Europa), Madrid 1998, p. 107.

<sup>16</sup> Cf. *Directorio general para la Catequesis* (1997), n. 137.

<sup>17</sup> Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan de formación para los Seminarios Menores* (1991), nn. 6-7.

## a) El ambiente de una comunidad cristiana educativa

Lo más importante e imprescindible del Seminario Menor es que sea una comunidad cristiana. En cuanto comunidad cristiana, presta a la Diócesis un servicio original: se especializa en el cultivo de las semillas de la vocación sacerdotal, ofreciendo un ambiente juvenil «alternativo». Sin caer en un reducto cerrado, pretende crear un «microclima» en el que resulte más fácil vivir y madurar conforme al Evangelio en una educación integral cristiana.

En efecto, el ambiente favorable es decisivo para que la fe inicial se desarrolle y madure armónicamente. El contexto social de hoy, sin embargo, no crea ese clima, sino que promueve más bien una cultura distante de los valores evangélicos y a menudo opaca a la dimensión religiosa. La familia cristiana y la parroquia contrarrestan en alguna medida el influjo negativo del ambiente; pero eso no es fácil, dado el poder de los medios de comunicación y los criterios y formas de vida que se estilán. Por otra parte, con frecuencia los ambientes juveniles, en los que les toca desenvolverse a los muchachos, no favorecen un desarrollo armónico de la fe cristiana y pueden crear obstáculos a la escucha y el seguimiento de una posible vocación.

El Seminario Menor es, ante todo, un lugar y un tiempo de experiencia de fe; una escuela de aprendizaje integral de la vida cristiana. A lo largo de los años del Seminario se sigue un plan educativo en el que el muchacho cristiano va madurando de manera armónica, simultánea y sin compartimentos estancos, como hombre, como cristiano y como seguidor del camino vocacional por donde Dios lo llama, tal como señala el «Plan de formación para los Seminarios Menores»<sup>18</sup>.

La clave de esa maduración es la amistad e identificación progresiva con Jesucristo, en quien el ser humano alcanza su plenitud. Hoy, como ayer. Él es capaz de transformar a las personas, hacer que les arda el corazón y entusiasmarlos en el camino de su seguimiento (cf. Lc 24,32). Cuando en un chico prende el amor a Jesucristo y a su misión salvadora, su vida encuentra una guía de orientación y todas las dimensiones de su personalidad se van configurando al estilo de Jesús y madurando hacia la perfección (cf. Ef 4,13). La experiencia comunitaria del Seminario y los medios que ofrece [lo programado y lo espontáneo, lo importante y lo pequeño] han de surgir desde esa clave y han de contribuir a desarrollarla. Todo ello crea un clima sano y formativo.

Un clima de esta calidad es apto para hacerse un hombre-cristiano y poder escuchar sin interferencias la voz de Dios y discernirla con paz, con criterios de fe y con la ayuda de los formadores. Es un buen clima para madurar la propia opción en un proceso sereno y progresivo de formación y ahondar en el sentido, la misión y la necesidad del sacerdote hoy. En ese ambiente es posible seguir la vocación a la que Dios llama a cada uno con libertad y sin condicionamientos externos [conscientes o inconscientes], que a veces impiden u obstaculizan una elección libre y una respuesta generosa.

Evidentemente, ni la escucha ni la elección tienen lugar al margen de la vida social y eclesial, porque la formación del Seminario lleva a conectar con los problemas y esperanzas de los hombres y con la necesidad de la evangelización en el mundo actual. De ahí la importancia que el Plan de formación atribuye a la relación con la Parroquia y con los grupos cristianos de estas edades, tanto durante el curso como en vacaciones.

Esta formación integral que de manera gradual facilita el Seminario Menor proporciona una base adecuada y sólida para iniciar con decisión y con la madurez suficiente el camino del Seminario Mayor.

<sup>18</sup> CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan de formación para los Seminarios Menores* (Madrid 1991), esp. nn. 39-79.

## b) La educación del internado

El Seminario Menor es una comunidad cristiana que vive en internado. Estos últimos años han desaparecido la mayoría de los internados en la enseñanza. En parte por algunos defectos que se les atribuían (masificación, alejamiento de la familia), pero también por haber actualmente mayores facilidades de comunicación y más colegios cercanos a la vivienda familiar y, asimismo, por la dificultad del número de personas y dedicación que requiere un internado.

Sin embargo tanto el cambio en algunos aspectos del internado, como los avances en la investigación psicológica y pedagógica, fruto de las nuevas necesidades educativas ante la proyección de una sociedad distinta, están haciendo cambiar la valoración de la educación recibida en régimen de internado. Se pueden recordar, entre otros, los siguientes valores formativos propios del internado del Seminario Menor:

- La educación de la responsabilidad para el buen uso de la libertad: los pedagogos explican que, para la formación de una persona responsable y libre, es necesario educar la voluntad y el dominio de sí. Esto sólo es posible en el día a día, en la atención personalizada, en la valoración de las cosas pequeñas que van creando actitudes y en la exigencia puesta a la medida de las posibilidades de cada uno. El internado, conforme al «Plan de Formación para los Seminarios Menores», ofrece buenas oportunidades para ello: el horario de cada jornada ayuda al orden, al aprovechamiento del tiempo y a organizar las distintas dimensiones de la vida que hay que cultivar: aseo personal, oración y celebración litúrgica, estudio, deporte, reflexión, cuidado de la casa, responsabilidades concretas y servicios comunitarios, convivencia, silencio, diálogo, trabajo en equipo, etc. Por otra parte el internado ayuda a crear hábitos que faciliten el desarrollo de virtudes humanas y cristianas fundamentales; por ejemplo: la reducción de gastos superfluos frente a una sociedad consumista, la regulación y buen uso de la televisión, la posibilidad de lecturas formativas, la orientación en técnicas de estudio, etc.
- La educación de la sociabilidad: además de las oportunidades que ofrece el ámbito escolar para que el niño se desenvuelva en un marco mayor que el de su familia, el internado le permite una convivencia más amplia durante todo el tiempo. Ello supone la aceptación y respeto del otro, el cultivo de la amistad, la comunicación, el poner a disposición del grupo la propia persona y cualidades. Por otra parte, actualmente el Seminario no se concibe como un internado cerrado, sino que cuida la relación con la familia y los amigos. La experiencia nos dice que el Seminario Menor, en lugar de romper esa relación, la potencia, ganando a menudo en profundidad y evitando a veces falsos proteccionismos o excesivas dependencias.
- La oportunidad del acompañamiento personalizado: los actuales Seminarios Menores no son masivos, como pudieron serlo en otros tiempos. Ello permite una relación cercana del chico con el formador, que le conoce, le apoya en el progreso del estudio y en el desarrollo de su personalidad y le orienta para hacer y llevar a cabo un proyecto personal de vida. Esta tarea del formador completa el seguimiento que hacen los padres y en muchos casos llega a donde los padres no saben o no tienen tiempo. Todo esto exige preparación y mucha dedicación por parte de los formadores, pero es la noble tarea de un educador, cuyos frutos se suelen ver a largo plazo.

## c) Los valores del Seminario como Centro de estudios

La alta estima que merece a la Iglesia la educación propia de la Escuela Católica es aplicable de modo singular al Seminario Menor, cuando, juntamente con el internado, tiene también Centro de estudios. Recordamos algunos de esos valores educativos, que nuestros Seminarios se esfuerzan por conseguir<sup>19</sup>:

<sup>19</sup> Como síntesis de estos valores, cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Dimensión religiosa de la educación en la Escuela Católica*, Roma 1988; COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *El sacerdote y la educación*, Madrid 1987, pp. 9-88.

- Un estilo de trabajo escolar serio, constante, ordenado, con método, participativo, motivado, con rectitud de intención, inspirado en los criterios evangélicos del desarrollo de la personalidad y del servicio.
- Una educación humanística, favorecida por el currículo específico de Seminarios Menores, que permite una formación integral de la persona y se abre a una visión unitaria del hombre con sentido trascendente, superando la fragmentación y la limitación de una cultura meramente técnica o instrumental.
- Una formación intelectual cristiana, que proporciona de manera sistemática y razonada los contenidos de la fe sobre Dios, el hombre y el mundo y la interpretación creyente de la historia y de la sociedad. Esa base es necesaria para la madurez del creyente y le capacita para elaborar una síntesis armoniosa de fe y cultura, que le permita afrontar con serenidad las dificultades de un ambiente descristianizado y dar razón de su esperanza en la sociedad actual.
- Una educación moral y de vida cristiana, que se preocupa de formar la conciencia en una correcta escala de valores, según los criterios del Evangelio y que desarrolla las capacidades y hábitos para el ejercicio de las virtudes humanas y cristianas y para la vivencia eclesial de la fe.
- Una comunidad educativa con unidad de criterios formativos, al servicio de un proyecto educativo claro, definido y coherente. Comunidad en la que profesores y formadores trabajan unidos y están abiertos a la actualización constante, a la calidad pedagógica y al seguimiento personalizado del alumno. El proyecto curricular debe hacer posible que todas las áreas y actividades académicas del Seminario se coordinen y formen parte de un todo armónico al servicio de la formación integral de los muchachos.

Este conjunto de valores, que son objetivos de la Escuela Católica, son un buen argumento para que, en la medida de lo posible, los Seminarios Menores procuren mantenerse también como Centros de estudios. Cuando, debido al escaso número de alumnos, esto no es posible, suelen buscarse Colegios cristianos de calidad, donde reciban las clases juntamente con los demás estudiantes. En esos casos, la buena relación con el Colegio por parte de los formadores y el seguimiento cercano del alumno facilitarán el que se cumplan los fines educativos y de maduración vocacional que se esperan del Seminario Menor.

## 2. Las condiciones para un Seminario Menor con frutos vocacionales

El Seminario Menor ha de constituir un «microclima» en el que resulte más fácil vivir y madurar cristianamente. Ése es el objetivo fundamental al que han de orientarse los objetivos y medios de la formación. Ahora bien, este ambiente es el resultado de varios factores que convergen y se comunican entre sí.

### a) El «microclima» del Seminario

- Este «microclima» es, ante todo, don del Espíritu Santo, quien con su soplo crea el ambiente apto para la vida de fe; recrea la atmósfera cristiana, donde se respira la presencia de Dios y en la que los muchachos, por los ideales y motivaciones que viven, se convierten en verdaderos «aspirantes» al sacerdocio; caldea y enardece los corazones, haciendo del Seminario un hogar cálido, fraterno y de apoyo mutuo para el seguimiento de Jesús. Recordar este protagonismo del Espíritu en todo lo relacionado con la vocación sacerdotal nos ayuda a situarnos en la tarea del Seminario en la perspectiva de la fe y de la gracia.
- Colaboradores del Espíritu en la obra vocacional son unos formadores entregados, que tratan de vivir la santidad sacerdotal con alegría y con la ilusión puesta en el trabajo diario. A esa

actitud fundamental ayudará mucho una buena cualificación técnica y pedagógica, según se explica en el Plan de formación<sup>20</sup>.

- Los alumnos del Seminario son un factor determinante para crear un clima propicio a una buena educación humana, cristiana y vocacional. Por eso es imprescindible un buen discernimiento en el momento de admitir al Seminario Menor. Tanto los chicos como sus familias deben saber que el Seminario es un centro específico con carácter vocacional. Y sólo se admitirá a aquellos que, explícita o implícitamente, manifiestan señales de vocación, al menos de manera germinal y conforme a su edad. Nunca la búsqueda de la cantidad ha de ir en merma de la calidad. Si el número resulta demasiado bajo para conseguir los fines propios de la convivencia del internado, esta situación constituye una llamada de atención a toda la comunidad diocesana para potenciar la pastoral vocacional.
- Otro elemento fundamental en la creación de un buen clima en el Seminario es desarrollar un proyecto educativo apropiado. El Plan de formación de la Conferencia Episcopal señala los objetivos y medios fundamentales, pero cada Seminario lo debe traducir a su propia realidad y debe disponer de su propio proyecto, en el que la identificación progresiva con Jesucristo y su misión salvadora sea la clave de la construcción de la persona. Desde ahí se desarrollarán los valores, actitudes y formas de vida que expresan la fe cristiana y que van conformando el camino de la vocación al sacerdocio.
- Al buen clima contribuyen también unas instalaciones adecuadas. Han de permitir una relación y convivencia cercana y han de facilitar un cierto ambiente de hogar, en el que se puedan vivir las virtudes familiares. Hacen falta unos espacios donde sea fácil el estudio y el silencio; unas capillas acogedoras y aptas para la oración y para la celebración litúrgica; instalaciones deportivas aptas; y los demás medios e instrumentos pedagógicos apropiados para la educación actual.

#### b) La apuesta de la Diócesis por el Seminario Menor

Para que el Seminario Menor exista y cumpla sus fines es preciso que la Diócesis, apreciando sus frutos, apueste por él. Como toda obra pastoral necesita inversión en personas y en medios económicos. Y, sobre todo, en empeño de los agentes de pastoral, para colaborar con la acción de Dios.

A veces puede ocurrir que la inversión parezca desproporcionada a los resultados y, en consecuencia, se opte por buscar otros caminos. Sin embargo nos parece que esta decisión se debe sopesar mucho. Las estadísticas vienen a demostrar que en general el índice de ordenaciones provenientes del Seminario Menor en relación a los ingresos no ha disminuido respecto a otras épocas. Además, en bastantes Diócesis, hoy por hoy, el número de esas ordenaciones sigue siendo elevado. Por otra parte no es fácil que otras formas de pastoral vocacional den mejores resultados. La experiencia dice, más bien, que la pérdida del Seminario Menor suele traer consigo un fuerte descenso de candidatos para el Seminario Mayor.

Ahora bien, apostar por el Seminario Menor significa apostar también por la pastoral vocacional con niños, preadolescentes y adolescentes, y específicamente por las vocaciones al sacerdocio. Ello no es posible sin implicar a toda la Diócesis. De esto tratamos a continuación.

#### IV. LA PASTORAL VOCACIONAL DE NIÑOS Y ADOLESCENTES

*"Comprendió Elí que era el Señor quien llamaba al niño y dijo a Samuel: «Vete y acuéstate y, si te llaman, dirás: 'Habla, Señor, que tu siervo escucha'»" (1 Sam 3,9).*

<sup>20</sup> CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Plan de formación para los Seminarios Menores*, Madrid 1991, nn. 80-104.

Hemos visto que la información y orientación vocacional no es ningún atentado ni psicológico ni pedagógico contra la libertad del niño y del adolescente. Que el Seminario Menor es un ámbito educativo con numerosos valores en el aspecto pedagógico y particularmente en el acompañamiento vocacional. Nos queda hacer unas sugerencias prácticas sobre la animación de la pastoral vocacional en las edades de la infancia y la adolescencia. Deseamos que en nuestras Diócesis aumente y mejore el servicio de ayuda para escuchar e interpretar la llamada de Dios. La perspectiva de estas sugerencias es orientar hacia el Seminario Menor; pero también son válidas para apoyar a los grupos vocacionales, en la espera de que sus miembros puedan ingresar un día en el Seminario Mayor.

La pastoral vocacional, aunque tenga actividades específicas, no es algo separado de la pastoral ordinaria, sino esta misma pastoral hecha en toda su profundidad. Por eso, una buena pastoral de iniciación cristiana, de inserción efectiva y afectiva en la Iglesia, de compromiso y responsabilidad en la fe, será el terreno mejor abonado para que nazca y se desarrolle la semilla de la vocación. Subrayamos algunos factores más significativos para que esta pastoral ordinaria y básica tenga hondura vocacional.

## 1. El desarrollo cristiano de la personalidad, substrato vocacional

El planteamiento vocacional se siembra, cultiva y empieza a desarrollarse desde la infancia. Difícilmente puede haber semillas de vocación en el corazón de los niños y adolescentes, si faltan determinadas experiencias vitales y formación de actitudes y sentimientos profundos en la persona, que son como aperturas naturales a la vocación. Ese conjunto de experiencias, sentimientos y actitudes profundas forman como el substrato que capacita para vivir la vida como vocación y para seguir la vocación cristiana. Porque la vocación es el tapiz con formas y colores definidos tejido por Dios en la urdimbre de la personalidad e inseparable de ella.

Cada etapa del desarrollo de la personalidad tiene sus rasgos propios, que van configurando un crecimiento armónico y constructivo. Destacamos en las distintas etapas algunas experiencias a cultivar para que se forme una persona con apertura vocacional:

- En la primera infancia (hasta los 6 años) el despertar a la vida ha de ir acompañado del despertar religioso. La capacidad de comprender la vida como vocación y la sensibilidad para escuchar y responder a la voz de Dios dependerá en buena medida de las actitudes que se eduquen en esta primera etapa. Es necesario cultivar las actitudes de confianza filial en Dios, de adoración, de admiración y contemplación de la creación, de diálogo con Dios como Padre.
- En la segunda infancia (de 6 a 9 años) el niño adquiere más plenamente la conciencia de sí y despierta a la responsabilidad. Es la edad del primer sí y del primer no con razón moral, de la apertura noble y limpia al don de Dios. La catequesis de iniciación cristiana centrada en la persona de Jesucristo y la recepción de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía van a significar un encuentro personal con Jesucristo, en la Iglesia, y pueden ser la base de una semilla de vocación y de una primera respuesta de seguimiento del Señor.
- En la tercera infancia o infancia adulta (de 9 a 12 años) se dan buenas condiciones para la siembra vocacional: el deseo de conocer y aprender permiten presentar el mensaje y la misión de Jesús; la fácil sociabilidad del niño a esta edad hace posible la experiencia eclesial y grupal con el debido protagonismo; la estabilidad afectiva permite una apertura dócil y gozosa a la voluntad de Dios; su capacidad de acción le hace sensible al testimonio de los santos que, por amor a Cristo, entregaron su vida por diferentes caminos y de muchas formas.
- En la preadolescencia (de 12 a 14 años) el muchacho comienza a preguntarse por su identidad personal y por el sentido de su vida. En su situación de búsqueda, cambio y «éxodo», es preciso que descubra que Dios le ama y tiene proyectos para él, que sus propias cualidades son dones de Dios, que tiene una personalidad única e irrepetible para cumplir una misión en la vida, que ha de buscar y seguir libremente el camino verdadero de la felicidad, evitando falsos espejismos

o estancamientos en ídolos. Es tiempo de tomar algunas decisiones y hacer ciertos compromisos. La propuesta vocacional surge espontánea<sup>21</sup>.

- En la primera adolescencia (de 14 a 16 años) la vuelta psicológica a la interioridad y la necesidad de la amistad, el mismo desarrollo de la capacidad crítica, son buena base para crear y potenciar actitudes necesarias para la respuesta a la vocación: la oración personal, el encuentro con Jesucristo como amigo y modelo y el sentir la Iglesia como comunión y fraternidad. Para ello es importante que el muchacho tenga experiencias religiosas profundas.
- En la segunda adolescencia (de 16 a 18 años) se da una mayor sensibilidad para descubrir los problemas y las necesidades de las personas e implicarse en su solución. Es un buen momento para sintonizar con el ejemplo de entrega de Jesucristo, escuchar su invitación a imitarle y conocer los modos como la Iglesia sirve al hombre y cumple su misión salvadora. El planteamiento vocacional se hace imprescindible en esta etapa. Será muy útil facilitar compromisos concretos de servicio a los necesitados en algún voluntariado cristiano u otras formas de ayuda a los demás, como catequistas de niños, monitores de tiempo libre, etc.

En resumen, esta tierra de la persona, cultivada humana y cristianamente, es una buena base para que arraigue y germine la semilla de la vocación, que Dios puede sembrar en el momento que quiera. Ahora bien, para la siembra Dios se sirve de diversos instrumentos y mediaciones, como indicamos a continuación.

## 2. El sacerdote, mediación fundamental

La historia de la vocación de muchos sacerdotes está vinculada a la relación de cercanía con algún sacerdote. Las estadísticas hechas entre los seminaristas actuales siguen mostrando que el factor más importante y a menudo decisivo en la opción vocacional ha sido un sacerdote.

El niño no proyecta el futuro de su vida en abstracto o en el terreno de la teoría y de los principios. Solamente puede ver encarnada la vocación sacerdotal en un sacerdote, al que conoce y al que ve actuar. En él descubre la misión del ministerio presbiteral, su quehacer en la Iglesia y en el mundo. Y por su estilo de vida podrá ver la vocación sacerdotal como un valor, algo atractivo también para él. La persona del sacerdote es icono de Jesucristo y eco de la voz de Dios para el niño. Esto ocurre particularmente cuando el sacerdote ejerce santamente el ministerio.

Para los niños es importante que traten de cerca a un sacerdote. Por eso interesa mucho que el sacerdote se haga presente en la pastoral de niños y adolescentes. Como Pastor bueno que conoce y pastorea las ovejas y los corderos (cf Jn 21,15-17), además de celebrar la Eucaristía y administrar el sacramento de la Penitencia, ha de ejercer su ministerio específico en la catequesis, y ha de procurar visitar las familias y la escuela. No por eso suplanta otros ministerios dentro de la comunidad cristiana, sino que ejerce el suyo de manera más plena. Parece conveniente recordar esto en nuestra época, en la que el sacerdote es reclamado para múltiples actividades, a fin de que no descuide la atención a la iniciación cristiana y acompañamiento de los miembros más jóvenes del Pueblo de Dios.

Todo ello contribuirá a crear una imagen cercana y positiva de los sacerdotes, que sustituya la imagen negativa o desfigurada que tantas veces presentan los medios de comunicación social y que influye de modo poderoso especialmente en los niños y adolescentes.

Además de su testimonio y cercanía de vida, el sacerdote, para cumplir su misión, tiene que desarrollar la pastoral vocacional. En la catequesis, la predicación y la conversación personal deberá enseñar a toda la comunidad y a los niños y adolescentes la razón de ser del presbiterado, las posibilidades de acción y de servicio en el ministerio, las necesidades de la Iglesia local y universal, qué se necesita para ser sacerdote y cómo, siéndolo, «se puede dar a Cristo la mayor prueba de

<sup>21</sup> Para una exposición más amplia de esta etapa y de las siguientes, cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. *Plan de formación para los Seminarios Menores*, Madrid 1991, nn. 43-76.

amor (cf Jn 21,17)»<sup>22</sup>. Les enseñará a rezar por las vocaciones. Les hablará de los seminaristas y del Seminario y será conveniente que organice visitas para darlo a conocer.

La experiencia de su propia vocación será la mejor guía de pedagogía vocacional. El sacerdote podrá percibir en algunos muchachos un buen carácter, una especial sensibilidad religiosa, una finura de conciencia moral, una inclinación particular a la oración y a los sacramentos, un gusto por la catequesis, una disposición para ayudar a los necesitados, un interés por los temas de las misiones y los problemas del Tercer Mundo, etc. Estas cualidades pueden ser signos de la llamada de Dios al ministerio presbiteral. Entonces, con tacto y prudencia pastoral, pero también con decisión y esperanza, planteará al niño o adolescente la pregunta vocacional y le animará a ir al Seminario o a entrar en un grupo vocacional. Al mismo tiempo se pondrá en relación con la familia para explicar los motivos y clarificar dudas.

La función del sacerdote en el nacimiento y seguimiento de la vocación continúa siendo una mediación querida por Dios. Y esto atañe a los sacerdotes jóvenes, pero también a los mayores, porque todos están llamados a hacer presente hoy aquel ministerio de cercanía y bendición de Jesucristo con relación a los niños: «Dejad que los niños se acerquen a mí» (Mt 19,13-15). Y como nos recuerda Juan Pablo II: «Una exigencia imprescindible de la caridad pastoral hacia la propia Iglesia particular y hacia su futuro ministerial es la solicitud del sacerdote por dejar a alguien que tome su puesto en el servicio sacerdotal»<sup>23</sup>. Como el anciano Elí, que aunque «sus ojos iban debilitándose y ya no podía ver» (1 Sam 3,2), miraba con esperanza el futuro en aquel niño Samuel que estaba educando y a quien el Señor hablaba.

### 3. La familia, primer «Seminario»

La psicología reconoce la importancia decisiva del ámbito familiar en el desarrollo armónico de la personalidad del niño. También en el desarrollo religioso el factor natural más determinante es la familia.

Para la semilla de la vocación sacerdotal en la edad infantil y, por tanto, para el Seminario Menor la familia tiene una importancia decisiva. La familia verdaderamente cristiana es una «Iglesia doméstica». Ella constituye, según ha dicho el Concilio Vaticano II «como un primer Seminario»<sup>24</sup>. En el hogar los hijos pueden adquirir la experiencia de sentirse amados y de amar, el lenguaje de la fe, el sentido de la piedad y de la oración, el amor a la Iglesia, el espíritu de servicio, la disponibilidad y las demás virtudes humanas y cristianas, que forman el clima favorable para el nacimiento de las vocaciones<sup>25</sup>.

Sin embargo, incluso en el seno de las familias cristianas, hoy no es fácil que se cultive la semilla de la vocación sacerdotal. El contexto de secularización, la imagen social del sacerdote, el escaso índice de natalidad y el modelo cultural de familia inciden de forma negativa para que surja una vocación, particularmente en la edad de la infancia o de la adolescencia. No es infrecuente que si un hijo manifiesta el deseo de ir al Seminario, los padres le quiten la voluntad o den largas a la decisión. A menudo arguyen que también en la familia y en la parroquia van a darle una buena educación cristiana y cuidar esa posible vocación. Y a veces ocurre así. Pero otras veces las influencias negativas del ambiente son más poderosas que las de la familia y una vocación en germen queda frustrada o sofocada por los afanes del mundo (cf. Mt 13,22).

Es preciso que la pastoral familiar ayude a que los matrimonios acojan generosamente el don de la vida y a que valoren la vocación sacerdotal de un hijo como un regalo de Dios. Que estén dispuestos a ofrecérselo, como hizo Ana con Samuel: «Ahora se lo cedo al Señor para todos los días de su vida» (1 Sam 1,28). Los padres, al soñar el futuro de los hijos, quieren lo mejor para ellos y que sean felices. Unos padres cristianos han de saber que Dios puede colmar de felicidad el corazón

<sup>22</sup> *Presbyterorum ordinis*, 12.

<sup>23</sup> *Pastores dabo vobis*, 74.

<sup>24</sup> *Optatam totius*, 2

<sup>25</sup> Cf. *Pastores dabo vobis*, 41.



humano y que la vida sacerdotal es un camino de felicidad. Por otra parte tienen la responsabilidad de ayudar a sus hijos en la elección de su estado de vida, descubriendo los caminos del Espíritu para cada uno.

La familia cristiana encierra tales valores que el Seminario no puede prescindir de ella. Nuestros Seminarios tanto Mayores como Menores son conscientes de que una buena formación humana, cristiana y vocacional debe integrar a los padres en el proceso formativo, como los primeros y principales educadores de sus hijos. En concreto el Seminario Menor no es un internado que rompa con la familia. Al contrario, en él se da cabida a la participación de los padres, se tienen encuentros formativos y festivos con las familias, los chicos van con la suficiente frecuencia a sus casas y se les inculca las virtudes familiares. Familia y Seminario han de trabajar al unísono en el mismo fin. Para ello se requiere clarificación de la finalidad específica del Seminario Menor y presentación de sus objetivos a fin de que también los padres se identifiquen con ellos y participen en el camino vocacional del hijo.

#### 4. La función de la Catequesis y los Catequistas

Para muchos niños el contacto primero y más frecuente con la comunidad cristiana es en la catequesis y a través de la persona del catequista. Por ello es muy importante esta tarea en orden a la formación de cristianos adultos y también al nacimiento y desarrollo de las vocaciones sacerdotales.

La catequesis es un buen ámbito para la pastoral vocacional, puesto que es un proceso de iniciación cristiana que lleva al encuentro con Cristo. Ya desde la Primera Comunión, dispondrá al niño para responder generosamente a la llamada de Dios y constituirá la base para un posterior discernimiento vocacional.

En efecto, una buena catequesis presenta de forma completa y fascinante a Jesús y su obra de salvación que continúa en la Iglesia. Enseña a dejarse conducir por la acción del Espíritu Santo y a cultivar las virtudes evangélicas; a orar y a celebrar los sacramentos, particularmente la Eucaristía y la Penitencia; a amar al prójimo y a asumir con responsabilidad compromisos de servicio; a admirar e imitar los ejemplos de los santos que han seguido a Jesucristo de modo radical.

Ello exige que el catequista sea un verdadero pedagogo o, como hemos dicho anteriormente, un «mistagogo», un testigo con experiencia del misterio de Dios, un acompañante respetuoso, buscador del bien de la persona, capaz de reconocer los signos de la presencia de Dios y sus llamadas, maestro de procesos de crecimiento e itinerarios de fe según las capacidades del niño o del adolescente, dotado de sensibilidad y conocimiento sobre la vocación de especial consagración y, en concreto, la sacerdotal. «Gracias a una labor de sabio acompañamiento, el catequista realiza un servicio de los más valiosos a la catequesis: ayudar a los catequizandos a discernir la vocación a la que Dios los llama»<sup>26</sup>.

Un buen servicio del catequista será también poner en contacto con el sacerdote particularmente a aquellos niños en los que ha visto indicios de vocación sacerdotal. Asimismo su modo positivo de hablar a los niños de los sacerdotes, la valoración del trabajo que hacen y de su estilo de vida, el introducir en la catequesis las Campañas del Día del Seminario, la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, el Domund, etc., todo ello constituye una verdadera preparación del terreno y una siembra vocacional, que con la gracia de Dios, dará sus frutos.

Como nos recuerda Juan Pablo II, los laicos y especialmente los catequistas «tienen una gran importancia en las vocaciones sacerdotales. Cuanto más profundicen en el sentido de su propia vocación y misión en la Iglesia, tanto más podrán reconocer el valor y el carácter insustituible de la vocación y misión sacerdotal»<sup>27</sup>.

---

<sup>26</sup> *Directorio general para la Catequesis* (1997), n. 156.

<sup>27</sup> *Pastores dabo vobis*, 41.

## 5. Los grupos apostólicos de niños y adolescentes

Además de la catequesis, son muchas las formas de trabajar pastoralmente con la infancia y la adolescencia tanto en las parroquias como en los Colegios y en los movimientos apostólicos o asociaciones. Todos ellos son buenos espacios para que germine y madure la semilla de la vocación sacerdotal, porque ahí encuentra un campo más abonado y mejor dispuesto. Recordemos algunos de estos lugares.

### a) Los grupos vocacionales

Como «Grupos vocacionales», «Preseminario» o con otros nombres, según se ha indicado más arriba, están realizándose en varias Diócesis experiencias de acompañamiento vocacional específico, sin vivir en el internado del Seminario, para niños y adolescentes que manifiestan signos vocacionales. Si la Diócesis tiene Seminario Menor, estos grupos pueden ser un tiempo de discernimiento y maduración antes de incorporarse al internado. Si no tiene Seminario Menor, el proceso formativo de varios años proporciona a los muchachos un clima propicio para el mantenimiento y desarrollo de la vocación y una buena preparación para el ingreso a su tiempo en el Seminario Mayor. Los frutos, que ya están comenzando a dar, son prometedores.

El proyecto formativo de estos grupos se apoya en cinco pilares: el propio niño o adolescente, que se compromete libremente; la familia, que colabora con el proyecto; la parroquia, en la que siguen participando y profundizando en su fe; el grupo vocacional con participación en los encuentros quincenales o mensuales de fin de semana, retiros, campamento de verano, celebraciones y otras actividades; y el acompañamiento personal por parte de algún sacerdote encargado.

Los contenidos y la metodología tienen como objetivo una formación integral cristiana con orientación vocacional: el desarrollo de la vida espiritual y sus medios, la responsabilidad en el estudio, la integración y colaboración en la parroquia, la práctica de las virtudes humanas y cristianas, la participación en la vida familiar, la sensibilidad a los problemas del mundo, el conocimiento y cultivo de la vocación personal.

### b) Los monaguillos

En el trabajo con sentido vocacional de cara a niños y adolescentes cobra especial relieve el grupo de monaguillos o servidores del altar. La Iglesia desde muy antiguo ha cuidado este servicio, evocando la figura del niño Samuel, que «vestido con efod de lino, estaba al servicio del Señor... en el santuario del Señor, donde se encontraba el arca de Dios» (1 Sam 2,18; 3,3). Pueden constituir un grupo bien preparado de catequesis y cercano a las actividades parroquiales. Y está comprobado que suelen ser una buena cantera de vocaciones sacerdotales.

Muchos sacerdotes cuidan el grupo de monaguillos con esmero, tanto en la formación cristiana como en la convivencia y relación humana. En muchas Diócesis se realizan actividades especiales para ellos, hay iniciativas de intercomunicación, difusión de revistas apropiadas, etc. Y ya se está implantando en varias Diócesis el «Día del Monaguillo», una actividad que suele estar vinculada a la pastoral vocacional del Seminario.

### c) Otros grupos apostólicos

Las iniciativas pastorales hacen surgir diversos grupos de carácter apostólico entre niños y adolescentes, que son buenos ambientes para percibir la llamada concreta de Dios a cada uno y, por tanto, también la vocación sacerdotal.

Así, por ejemplo, el «Movimiento Júnior» de Acción Católica trata de que los niños desarrollen la fe y la integren en su vida educándolos para que sean los primeros apóstoles entre otros niños. Este es buen campo para la siembra vocacional y para la presentación de la figura del sacerdote y su misión en la Iglesia.

Existen otros grupos de niños y adolescentes, cada uno con características propias: Desde los grupos infantiles de la Adoración Nocturna, con el ejemplo de San Tarsicio, hasta las múltiples experiencias, que se llevan a cabo en los Institutos de Vida Consagrada, vinculadas a su propio carisma. Con la riqueza de matices que el Espíritu reparte, todos ellos deben ser una ventana abierta a la llamada de Dios.

Los distintos clubs o asociaciones de niños y adolescentes, vinculados a Parroquias o a grupos apostólicos, con actividades recreativas, deportivas, culturales y de tiempo libre, permiten en muchos casos una relación cercana y espontánea con un sacerdote en un clima de amistad y sinceridad. Si los educadores son sensibles a la función del sacerdote en la Iglesia tendrán muchas ocasiones de prestar una buena colaboración en la orientación de los niños, además de ser ellos mismos interpelados.

## 6. El maestro y el profesor de religión

Muchos maestros y maestras cristianos han sido excelentes sembradores de vocaciones. El acompañar a un niño en su crecimiento como persona es un privilegio del que disfruta el maestro. Ver sus cualidades, sus inclinaciones, sus reacciones, le permite vislumbrar su futuro y los caminos por donde Dios lo orienta. Los maestros cristianos pueden seguir prestando una buena colaboración en detectar posibles vocaciones, cuidarlas y ponerlas en relación con un sacerdote o catequista. «No puede ser ajeno al educador católico, respecto a sus alumnos creyentes, el tema de la vocación personal del educando dentro de la Iglesia»<sup>28</sup>.

Y no podemos pasar por alto el espacio que, a lo largo de varios años, más horas ofrece al niño de encuentro con los temas de la fe y la experiencia cristiana: la clase de religión. Sea sacerdote o no, el profesor de religión ha de estar sensibilizado con la vocación sacerdotal. Sobre todo la enseñanza orgánica del misterio cristiano, además de algún tema concreto, ayudará a que los estudiantes sitúen debidamente el ministerio presbiteral en el conjunto de la fe católica. Y la presentación de Jesucristo como viviente y actuando en su Iglesia no dejará de suscitar deseos de seguimiento, también por el camino del sacerdocio. El buen profesor de religión estará atento a percibir y apoyar esos sentimientos o deseos, a fin de cumplir con su vocación de educador al servicio de los muchachos y desde su sensibilidad a la vida y necesidades eclesiales<sup>29</sup>.

## 7. El Seminario y la pastoral vocacional

El Seminario es la institución especializada de la Diócesis para el acompañamiento, discernimiento y formación de las vocaciones en su camino de preparación a la ordenación sacerdotal. Los Planes de Formación para el Seminario Mayor y para el Menor elaborados por la Conferencia Episcopal Española señalan los objetivos y medios para conseguir ese fin. Pero, además, el Seminario ejerce una función importante de cara a los futuros seminaristas y para la pastoral vocacional.

El Seminario Diocesano [tanto el Mayor como el Menor] es una referencia clave para que toda la pastoral tenga dimensión vocacional. Constituye un signo vivo de que Dios sigue llamando hoy al sacerdocio y de que su llamada sigue encontrando respuesta en niños y jóvenes. El Seminario es una señal de esperanza para las comunidades eclesiales, que ven en él a los futuros presbíteros que las atenderán. «El Seminario, aunque no solamente él, está testimoniando de modo concreto la vocacionalidad de la vida y la necesidad apremiante del ministerio ordenado para la existencia de la comunidad cristiana»<sup>30</sup>.

<sup>28</sup> CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *El laico católico, testigo de la fe en la escuela* (1982), n. 33. Cf. *Pastores dabo vobis*, n. 41.

<sup>29</sup> Cf. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *El profesor de Religión Católica: Identidad y misión*, Madrid 1998, esp. n. 12; 46-58.

<sup>30</sup> Documento *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, n. 29 b.

La catequesis, la clase de religión, las conversaciones personales con niños y jóvenes sobre la vocación encontrarán un apoyo fácil con la referencia al Seminario. Conocer personalmente a los seminaristas, en visitas programadas al Seminario o en las reuniones de la catequesis, y escucharles su propia experiencia tiene una singular eficacia de reclamo. El testimonio y el ejemplo es lo que más convence.

Los seminaristas, por tanto, con su vida y su palabra, serán óptimos agentes de pastoral vocacional. Las actividades pastorales de los seminaristas mayores les facilitarán el contacto con niños, adolescentes y jóvenes y su sola presencia, además de su palabra oportuna, será ya un interrogante. Los seminaristas menores, manteniendo la relación normal con su ambiente y con los amigos, son excelentes propagandistas del Seminario, cuando se encuentran contentos y felices.

En las Campañas del «Día del Seminario» y «Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones», el Seminario cobra un protagonismo especial. Es la ocasión de concienciar a los cristianos de la responsabilidad con su Seminario, que es «el corazón de la Diócesis», de informarles de su finalidad y de su situación actual, siempre en un tono positivo y esperanzado.

Para que el Seminario Menor sea conocido, valorado en su función y querido por las comunidades cristianas, es preciso que haya una buena relación mutua entre Seminario y sacerdotes de la Diócesis. Las visitas de los formadores a las Parroquias y de los sacerdotes al Seminario, el conocimiento de la realidad, el recibir y dar información sobre los alumnos, el compartir dificultades y esperanzas y el orar juntos serán cauces para trabajar al unísono en esta parcela de la viña del Señor. Los sacerdotes deben sentir el Seminario como algo propio. De ellos depende en gran medida la realidad y el futuro del Seminario. La búsqueda de nuevos chicos cada año para el Seminario es fundamentalmente tarea de cada sacerdote en su ámbito pastoral.

Refiriéndonos particularmente al Seminario Menor, un factor positivo es la buena imagen pública que ofrezca el Seminario. Su prestigio como centro docente, la calidad educativa de sus formadores y profesores y la actualización misma de sus instalaciones ejercen una influencia positiva en las familias, que buscan lo mejor para sus hijos.

## CONCLUSIÓN

Hemos escrito estas páginas con preocupación y con esperanza. Con preocupación, porque vemos a los Seminarios Menores atravesando un momento crítico por diversas circunstancias. Nos parece que están reclamando un apoyo especial de nosotros, los Obispos, de los sacerdotes y de toda la comunidad cristiana. Nos preocupa que se abandone un cauce de vocaciones que la historia ha mostrado tan fecundo. Una vez perdido será muy difícil recuperarlo.

Pero escribimos también apoyados en la esperanza que infunde en nosotros el Espíritu Santo: Él lo renueva todo, da fuerza a lo débil y abre caminos nuevos en la historia. Esperamos en el entusiasmo y trabajo bien hecho por los equipos de formadores de nuestros Seminarios Menores. Confiamos en el nuevo impulso de una pastoral de infancia y adolescencia bien llevada y en el cultivo vocacional de la catequesis. Seguimos confiando en el testimonio contagioso de una vida feliz de tantos sacerdotes y en la generosidad de las familias cristianas abiertas a la vida y a la vocación de los hijos como un regalo divino. Tenemos esperanza porque creemos en la capacidad que también los niños y los adolescentes de hoy tienen de entrega a los demás y de correspondencia al amor de Dios.

Cada Diócesis verá en su propia circunstancia lo que puede hacer. Todos podemos y debemos intensificar una pastoral vocacional dirigida también a niños y adolescentes, además de a jóvenes y adultos. Las Diócesis que tienen Seminario Menor, con internado y centro de estudios propio, desarrollarán al máximo esta situación ventajosa y trabajarán por que mejore en calidad y en número de alumnos. Las que sólo pueden tener internado y envían a sus alumnos a otros centros, aprovecharán las posibilidades educativas del internado y cuidarán el clima vocacional. Las que carecen de Seminario Menor propiamente dicho procurarán, al menos, la creación y el buen funcionamiento de grupos vocacionales de niños y adolescentes que, con una formación apropiada y

específica, se vayan preparando para entrar un día en el Seminario Mayor. Y tal vez puedan replantearse el recuperar alguna forma de Seminario Menor con internado para hacer todavía más intensa la formación cristiana y vocacional.

«Samuel crecía, el Señor estaba con él y no dejó caer en tierra ninguna de sus palabras» (1 Sam 3,19). Esto es lo que deseamos también nosotros a los muchachos de nuestros Seminarios Menores: que, después de haber escuchado la voz de Dios, en su proceso de crecimiento humano y cristiano, sean fieles a las llamadas continuas del Señor, para convertirse un día en profetas, sacerdotes y guías del pueblo santo de Dios. Pedimos a la Virgen María y a San José que cuiden de ellos, como hicieron con Jesús, que en Nazaret «iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,52).

Rafael Torija de la Fuente, Obispo de Ciudad Real,  
Presidente de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades  
Antonio Cañizares Llovera, Arzobispo de Granada  
Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela  
Francisco José Pérez y Fernández-Golfín, Obispo de Getafe  
Ramón Búa Otero, Obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño  
Joan Enric Vives Sicilia, Obispo Auxiliar de Barcelona  
Francisco Cases Andreu, Obispo de Albacete  
Camilo Lorenzo Iglesias, Obispo de Astorga  
Francisco Pérez González, Obispo de Osma-Soria  
Agustín Cortés Soriano, Obispo de Ibiza  
José Luis Moreno Martínez, Secretario Técnico de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades

Madrid, 21 de noviembre de 1998, Memoria de la Presentación de la Virgen María